

Es muy curioso constatar que el más significativo monumento de estilo islámico de la ciudad, los célebres baños del Almirante, que fueron dados a conocer por el viajero ilustrado francés Alexandre Laborde, en su *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, editado en 1806, durante mucho tiempo tenido como obra original de la época de dominio musulmán en la ciudad, haya resultado ser en cambio de otra época y mucho más tardía. Documentados en el siglo XIV, la excavación arqueológica ha confirmado la datación. Una circunstancia providencial, o quizás casual, que admite una interesante variedad de lecturas.

Arquitectura y urbanismo (siglos XIII-XV)

[AMADEO SERRA DESFÍLIS –UVEG–]

Iglesias de nueva planta, como la de San Juan del Hospital o el monasterio y hospital de San Vicente de la Roqueta, proclamaron temprano con su lenguaje arquitectónico y el sentido funcional de sus espacios el triunfo cristiano, sirviendo de modelo al resto de templos de la diócesis, muchos de ellos todavía alojados en mezquitas. A pesar de las restauraciones, San Juan del Hospital revela la confianza de los colonos cristianos en la permanencia de la conquista al construir un templo abovedado que combinaba el apego a tradiciones todavía románicas con las novedades de las bóvedas de crucería góticas en su cabecera y la exhibición triunfal de los trofeos de la conquista en las columnas islámicas que aún flanquean su capilla mayor.

Iglesia de San Juan del Hospital.



En 1238, Valencia con sus casas, su recinto amurallado, su huerta, sus alquerías y su sistema de irrigación apareció a los ojos de los conquistadores como un formidable botín que había venido repartiéndose desde hacía algún tiempo y hubo que dividir entre intereses y poderes diversos. El punto de vista de los ocupantes recién llegados y de los colonos que les seguirían debía de acusar un cierto extrañamiento ante una urbe de neta impronta islámica, distinta de las que conocían en sus lugares de origen. El núcleo urbano y la valiosísima huerta debían ser ocupados y adaptados para una población cristiana que reemplazase a los musulmanes desposeídos. Había que amoldar el entorno urbano a un orden político, una estructura social y, en definitiva, un modo de vida distintos.

Los primeros pasos en la cristianización de la ciudad se dieron pronto. El más importante fue la conversión de la mezquita mayor en catedral y el establecimiento de una red de iglesias parroquiales sobre algunas mezquitas de barrio islámicas. Los templos debían estructurar el área urbana con sus demarcaciones (parroquia de San Pedro en la catedral, San Salvador, San Esteban, San Lorenzo, Santo Tomás, Santa Catalina, San Andrés, San Martín, San Nicolás, San Juan del Mercado y Santa Cruz), combinándose con los enclaves de los conventos mendicantes y de otras órdenes religiosas (frailes de la Merced y trinitarios, monjes de San Vicente, monjas cistercienses de la Zaidía), y militares (caballeros del Temple y del Hospital principalmente), así como las instituciones asistenciales de inspiración religiosa (los hospitales y la Almoína). La arquitectura de estas construcciones al principio debió de ser sencilla y hasta 1262 no se puso la primera piedra de un edificio señero como la catedral, que se beneficiaba del emplazamiento central de la antigua mezquita mayor y se procuró edificar aislada en su entorno urbano. Formas, espacios y técnicas importados desde el norte cristiano mostraron la voluntad de configurar un templo reconocible como la iglesia mayor de una nueva diócesis de la cristiandad. Su cabecera con girola, el cuerpo de tres naves, el transepto abierto con portadas monumentales y decoración figurativa, el material pétreo y las bóvedas de crucería ofrecerían una imagen de solidez, decoro y cambio cultural notable que escenificaba ritualmente la liturgia cristiana. Los modelos fueron las catedrales que conocían los colonos, como la de Lleida, pero también edificios entonces novedosos como las iglesias de las órdenes mendicantes, amplias y acogedoras para la predicación, y el sentido de la proporción y de la luz



propio de la tradición mediterránea, dando como resultado un templo singular, con un claustro, un campanario y un cimborrio que sólo podemos imaginar a partir de la planta de cruz latina del edificio actual. Entre mediados del siglo XIV y comienzos del siguiente la catedral se transformó para reflejar la prosperidad de Valencia en el aula capítular (actual capilla del Santo Cáliz), un nuevo campanario (el *Micalet*) y el airoso cimborrio que hoy conocemos, además del embellecimiento y dotación de numerosas capillas y del coro, hasta culminar en la ampliación de un tramo más en el cuerpo longitudinal hacia 1450.

Otras iglesias de nueva planta, como la de San Juan del Hospital o el monasterio y hospital de San Vicente de la Roqueta, proclamaron temprano con su lenguaje arquitectónico y el sentido funcional de sus espacios el triunfo cristiano, sirviendo de modelo al resto de templos de la diócesis, muchos de ellos todavía alojados en mezquitas. A pesar de las restauraciones, San Juan del Hospital revela la confianza de los colonos cristianos en la permanencia de la conquista al construir un templo abovedado que combinaba el apego a tradiciones todavía románicas con las novedades de las bóvedas de crucería góticas en su cabecera y la exhibición triunfal de los trofeos de la conquista en las columnas islámicas que aún flanquean su capilla mayor.

A partir de modestos comienzos, los conventos mendicantes obtuvieron a través de donaciones y limosnas los medios para levantar grandes conjuntos en la inmediata periferia de la ciudad amurallada: Santo Domingo al norte, entre el río y el arrabal de la Xerea; San Francisco, cerca de la Boatella y el mercado; San Agustín al sudoeste, y el Carmen en el arrabal de Roterros. Los fundadores de los establecimientos parecen haber procurado compaginar la cercanía de la muralla con la vecindad de arrabales populosos y de vías de comunicación que apuntaban como ejes de expansión urbana. Conventos de monjas dominicas, franciscanas y agustinas se fundaron también en Valencia, pero sus recintos fueron más recoletos, su

La catedral de Valencia con su puerta más antigua, la conocida como puerta del Palau. Foto: J.M.



Entre mediados del siglo XIV y comienzos del siguiente la catedral se transformó para reflejar la prosperidad de Valencia en el aula capítular (actual capilla del Santo Cáliz), un nuevo campanario (el *Micalet*) y el airoso cimborrio que hoy conocemos, además del embellecimiento y dotación de numerosas capillas y del coro, hasta culminar en la ampliación de un tramo más en el cuerpo longitudinal hacia 1450.

El *Micalet*, campanario de la catedral de Valencia. Foto: Antonio J. Ballester Sanz.

Bóvedas de la nave principal de la catedral. Foto: Juan Carlos Navarro Fajardo.

régimen de clausura más estricto y sus iglesias menos frecuentadas. Para sus primeras fundaciones escogieron solares cerca de puertas y caminos, confiando en el apoyo que el patriciado y la nobleza urbanas brindarían a estas comunidades tanto a través de limosnas como al encaminar a algunas de sus hijas hacia la vida religiosa de estas órdenes. Las dominicas de Santa María Magdalena se establecieron cerca del mercado y las clarisas del convento de la Puridad entre esta zona y el camino de Quart, en espacio ya relativamente urbanizado. Las religiosas agustinas de San Julián se instalaron en el arrabal de la camino de Sagunt, en la orilla izquierda del Turia, donde se estableció en 1445 otro convento de clarisas, que sustituyeron a los frailes trinitarios, a la vera del camino de Alboraya; es decir, se asentaron en espacios periféricos, aunque en ellos ya existiera un vecindario de casas, alquerías y caminos.

La ocupación de amplias superficies del área urbana y la construcción de vastos conjuntos monumentales son muestras elocuentes del poder y del prestigio alcanzados por las órdenes mendicantes en la ciudad. Contaron para ello con su temprano arraigo, el ascendiente que ejercían tanto entre el patriciado como entre las clases populares a través de las devociones, las cofradías y los enterramientos y el apoyo sostenido de la corona. A una segunda oleada de fundaciones se adscriben el convento de monjas agustinas de San Cristóbal (1409), el de Santa María de Jesús de franciscanos observantes (1427), el ya citado de la Trinidad (1445); el de monjas dominicas de Santa Catalina en 1491 en el solar del antiguo cementerio judío; y el de clarisas de Jerusalén en 1496. Los frailes pudieron desarrollar paulatinamente un plan constructivo que fue desplegando sus alas en el siglo XIV, cuando se levantaron grandes templos de una nave, cubiertos con techumbres de madera o abovedados y con capillas entre los contrafuertes, claustros, dormitorios, aulas capitulares y celdas individuales para los miembros más reconocidos de las comunidades conventuales. Para ello encontraron casi siempre el respaldo de las autoridades municipales, que entendían que contribuían así a embellecer la ciudad, además de asistir a frailes y monjas mendicantes. Santo Domingo es de todos ellos el conjunto mejor conservado en el claustro y el aula capítular, ambos del siglo XIV, pero también subsisten dependencias del convento del Carmen, con su claustro gótico y el refectorio de arcos diafragma, mientras que la iglesia de San Agustín está muy transformada por las restauraciones. De los conventos femeninos, el de la Trinidad atesora las piezas más significativas, construidas a lo largo del siglo XV con soluciones tardogóticas en vanos y bóvedas.

La necesidad de proteger un área urbana acrecentada desde antes de la conquista se agudizó ante la amenaza musulmana y la del ejército castellano de Pedro I el Cruel, así como la de las riadas del Turia, pues los fosos de las murallas se integraban en una red de alcantarillado tan útil en la defensa como en el saneamiento de la urbe. La muralla nueva abarcaría los arrabales crecidos extramuros y debía ceñirse a la margen derecha del río con su barbacana o antemuro y un nuevo foso para paliar los efectos de las avenidas en el sector septentrional del casco urbano. De la construcción y mejora del circuito defensivo se encargó el *consell* hasta que los estragos de la riada de 1358 indujeron a Pedro IV a instituir un organismo específicamente responsable de los muros y fosos de la ciudad: la *fàbrica de murs e valls*. La *fàbrica* debía velar también por la construcción y el mantenimiento de los puentes, de los caminos y de las acequias del término de la ciudad siguiendo las directrices que marcaba el gobierno municipal.



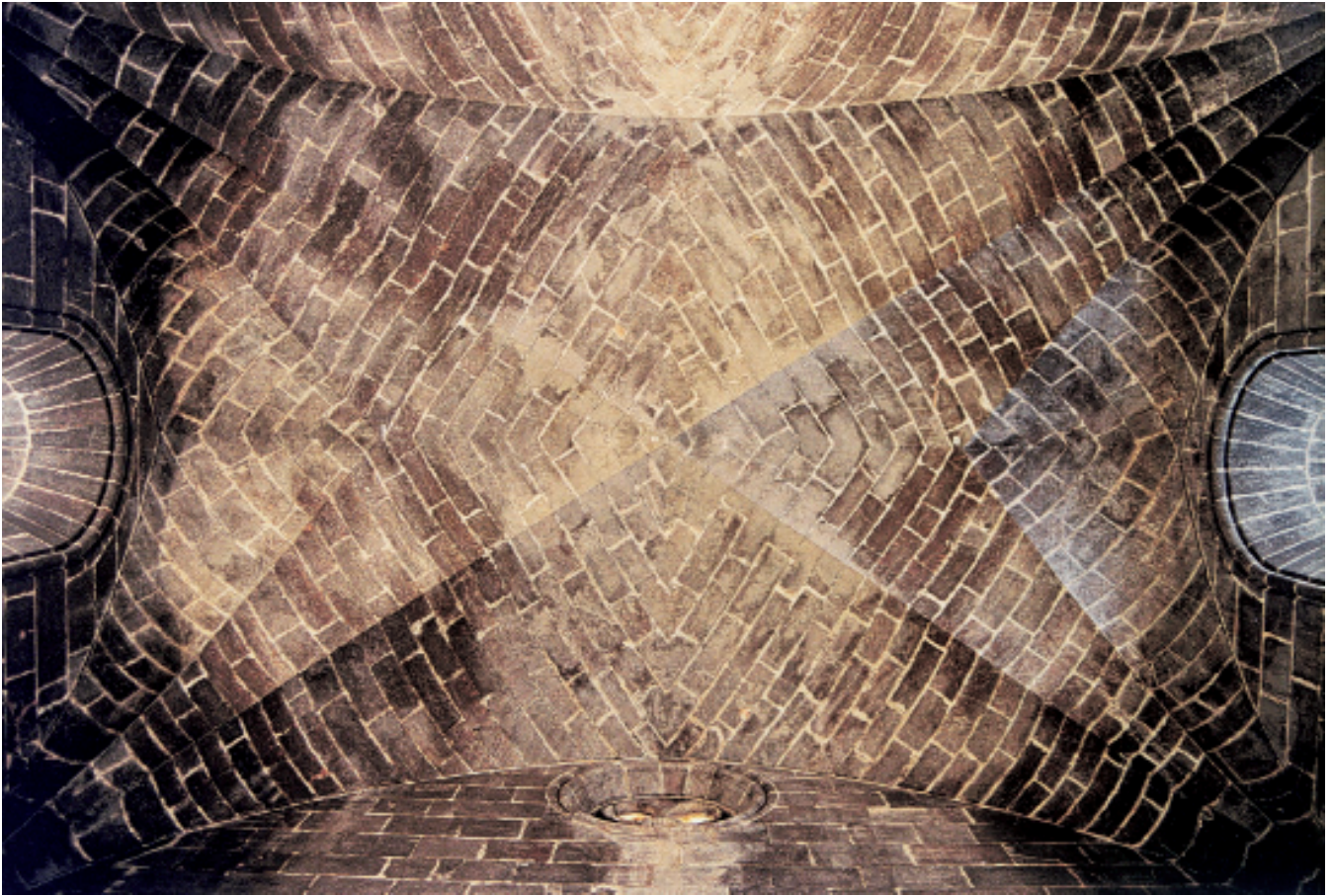
Los regidores intentaron conferir decoro a la ciudad enderezando el trazado de sus calles, ensanchando y abriendo plazas y vías públicas, cuidando los espacios comerciales –sobre todo el mercado–, favoreciendo la fluidez del tránsito en la red viaria, y segregando las actividades inconvenientes desde el punto de vista moral e higiénico en ciertos sectores urbanos. Por otra parte, la huella del pasado islámico cada vez parecía menos grata y los poderes públicos querían disimularla en la ciudad construida. Mientras veía difuminarse estos incómodos vestigios, el gobierno municipal empezó a dirigir sus inversiones hacia las obras públicas civiles ocupándose del alcantarillado, los caminos, la red viaria y los puentes sobre el Turia, del que se conserva el de la Trinidad, levantado en piedra a principios del siglo xv. Tales construcciones funcionales y los trabajos de infraestructura contribuían a incrementar el crédito de la ciudad y sus gobernantes a la vez que fortalecían el senti-



do comunitario y nutrían el patriotismo local, pero la reputación de Valencia se fiaba a edificios con gran valor representativo por sedes del poder público, como la desaparecida Casa de la Ciudad con sus recordadas *cambra daurada* y la *sala del consell*, o por servir de carta de presentación ante los forasteros y ante los comerciantes en particular, como las puertas monumentales de Serranos (1392-1398) y Quart (1442-1464), las atarazanas del Grao o la nueva Lonja de mercaderes, iniciada en 1483 bajo la maestría de Pere Compte, que llamaría la atención de viajeros como Jerónimo Münzer con su imagen moderna, sofisticada y técnicamente audaz en el espléndido salón de contratación. La corona atendió también en el siglo xv las obras del Almudín, pósito del cereal que llegaba a la ciudad.

De la arquitectura privada quedan menos recuerdos tangibles, pues las grandes casas estaban abocadas a transformaciones constantes por necesi-

Las torres de Serranos.
Foto: Antonio J. Ballester Sanz.



dades de uso y representativas. Ventanas amplias, ajimezadas con arquillos trilobulados (*finestres de corbes*), portales de medio punto con grandes dovelas y galerías altas de arquillos bajo un alero muy saliente se intuyen en las fachadas de las residencias de los grandes linajes valencianos en la capital del reino. Pero hubo también otra clase de edificios, como los baños del Almirante, construidos en el siglo xiv bajo dominio cristiano, que han sobrevivido al paso del tiempo. El palacio del Real, la residencia de los monarcas en Valencia, corrió mucha peor suerte en la guerra de la Independencia y sólo antiguas imágenes, planos y noticias documentales nos permiten figurarnos el pasado esplendor del edificio formado en realidad por dos palacios (el *Real nou* en la parte occidental y el *Real vell*, con torres en sus esquinas), y rodeado de amenos jardines.

Una portentosa renovación técnica se produce a mediados del siglo xv en las obras de cantería a partir de los maestros Francesc Baldomar y de su discípulo Pere Compte, quienes cultivarán la talla de la piedra alardeando de virtuosismo en la compleja traza geométrica de soportes, arcos y bóvedas. La obra de la capilla Real del convento de Santo Domingo de Valencia (1439-1463) y la nueva Lonja de mercaderes son las mejores realizaciones conservadas de este *art de la pedra* admirado dentro y fuera del antiguo reino. Al mismo tiempo, la albañilería se plasma en obras de ladrillo y bóvedas tabicadas, en la madera policromada y dorada de las techumbres y en la cerámica de los pavimentos para rivalizar con la cantería en la configuración y el ornato de espacios religiosos y profanos, con maestros de obras como Joan del Poyo y Francesc Martí alias Biulaygua.

La obra de la capilla Real del convento de Santo Domingo de Valencia (1439-1463) y la nueva Lonja de mercaderes son las mejores realizaciones conservadas de este *art de la pedra* admirado dentro y fuera del antiguo reino. Al mismo tiempo, la albañilería se plasma en obras de ladrillo y bóvedas tabicadas, en la madera policromada y dorada de las techumbres y en la cerámica de los pavimentos para rivalizar con la cantería en la configuración y el ornato de espacios religiosos y profanos, con maestros de obras como Joan del Poyo y Francesc Martí alias Biulaygua.

Bóveda de la capilla Real del convento de Santo Domingo. Foto: Juan Carlos Navarro Fajardo.